

Elvis Presley

ese muchacho de pelo engominado
que ofreció
por todo tesoro
el rítmico movimiento de su pelvis
que propagó la peste del rockanrol
a lo largo y ancho del último imperio
que se alistó
patriota
en el ejército pulcrísimo de su país
que enloqueció a las niñas
blancas
y a las niñas negras
que se armó hasta los dientes
para asegurar su vida
contra iconoclastas rabiosos
que engordaba como venus de willendorf
y hacía dietas de insomnio
y estimulantes
para reaparecer
—dador del feeling—
que murió tal vez
entre las apreturas de un silencio metabólico
que tal vez vive aún
oculto o incógnito en mansiones de hawaii

ese que ahora
aúlla de nuevo con su jailhouse rock
para que recomience
—corona donada a su memoria—
el testimonio de bienestar
de sus vasallos

OSCAR TORRES DUQUE